


Pedro Luis López Herraiz, *Abajo los partidos. Moisei Ostrogorski en la construcción de la ciencia política y el derecho constitucional*, Leioa, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 2023, 364 pp.

Héctor Domínguez Benito

Universidad Autónoma de Madrid ✉ 

<https://dx.doi.org/10.5209/rpub.107715>

Una generalización muy extendida en la historia intelectual del siglo XX ha sido la atribución de una “nacionalidad” a la teoría de las élites surgida al calor de —y, en gran medida, contra— el advenimiento de la política de masas a finales de la centuria anterior. En el año 1969, el jurista español Pablo Lucas Verdú sentenciaba lo siguiente: “[e]l tema de la clase política es típicamente italiano, al poseer elevadas dosis de realismo político”¹. Semejante razonamiento se apuntalaba con referencias a las connotaciones “clásicas y renacentistas” de la cuestión y, como no podía ser de otra manera, a la figura de Nicolás Maquiavelo. En un bello pasaje escrito ese mismo año, Norberto Bobbio ubicaba el resurgir del interés por la teoría de las élites en Italia como parte de un proceso de “circulación del pensamiento”: a finales del siglo XIX la filosofía moderna regresó a Italia, donde había nacido, después de “pasar largas estancias en las principales naciones europeas”. De la misma manera, afirmaba Bobbio, la teoría de las élites, “nacida o al menos acreditada por primera vez en Italia” en tiempos de Gaetano Mosca y Vilfredo Pareto, había viajado por ambientes anglosajones durante el segundo tercio del siglo XX para “establecerse sólidamente” y volver con fuerza de la mano de los escritos sociológicos de autores como Charles Wright Mills y Ralf Dahrendorf².

El audaz planteamiento de Bobbio no carecía de sentido: en el país norteamericano se había generado un caldo de cultivo muy interesante con la publicación de trabajos como *The Machiavellians*, obra de James Burnham publicada en 1943. Sin llegar a “nacionalizar” el debate explícitamente, el controvertido teórico estadounidense desgranó los principales rasgos comunes que podían extraerse del pensamiento de los ya mentados Mosca y Pareto,

así como de Robert Michels. Su conclusión era clara: “los maquiavelianos son los únicos que nos han contado al completo la verdad respecto del poder”³. Así las cosas, no es de extrañar, para cerrar el círculo, que en el mismo año en el que Lucas Verdú y Bobbio disertaban sobre el carácter fundacional de los mentados autores una de las primeras obras con vocación manualística sobre estudio de élites rezara lo siguiente: “[l]os textos ‘clásicos’ de la teoría de las élites son indudablemente el *Tratado general de sociología* de Pareto, *La clase política* de Mosca y *Los partidos políticos* de Michels. A estos pueden sumarse *La revolución gerencial* de Burnham y *La élite del poder* de Wright Mills”⁴.

Por su cronología, entonces, Mosca y Pareto son vistos como los “padres fundadores” de esta subdisciplina o de este conjunto de debates⁵, y Michels como su más inmediato continuador. Y no ha de perderse de vista que, aunque su obra maestra estuviera basada en el SPD, organización de la que efectivamente fue miembro, el sociólogo nacido en Colonia trabajó la mayor parte de su vida en Italia y hacía gala de su “ciudadanía italiana, libremente querida y libremente profesada”⁶.

En definitiva, durante décadas se ha consolidado un canon *italianizante* que ha ocluido en gran medida las reflexiones que hacia finales del siglo XIX tuvieron lugar mirando desde y hacia otras coordenadas distintas en relación con la teoría de las élites y la reflexión acerca de la clase política y los partidos políticos. Hay, por lo tanto, mucho margen para revisar la obra de autores que enriquecieron el panorama alrededor de este objeto de estudio más allá de las

¹ Pablo Lucas Verdú, *Principios de ciencia política, tomo I: Introducción. Hombre y política. Ideología, mitos y tecnocracia*. Madrid: Tecnos, 1969, p. 59.

² Norberto Bobbio, *Saggi sulla scienza politica in Italia*, Bari, Editore Laterza, 1971 [1969], p. 241.

³ James Burnham, *The Machiavellians: Defenders of Freedom*, Nueva York, The John Day Co., Inc., 1943, p. 246.

⁴ Geraint Parry, *Political Elites*, Colchester, European Consortium of Political Research, 2005 [1969], p. 28.

⁵ Richard Bellamy, *Modern Italian Social Theory: Ideology and Politics from Pareto to the Present*, Oxford, Polity Press, 1987.

⁶ Juan Linz Storch de Gracia, *Michels y su contribución a la sociología política* (Trad. de E.L. Suárez), Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1998 [1996].

referencias más habituales. Un personaje que merece particular atención en este sentido, y que todavía sigue resultando ciertamente elusivo en no pocos aspectos, es Moisei Ostrogorski (1854-1921). Ruso, judío, formado en Francia e interesado por el mundo anglosajón, ninguna “comunidad de discurso” nacional o cultural ha reivindicado tradicionalmente su legado, y solo unos pocos, con Seymour M. Lipset a la cabeza y algún que otro malentendido mediante, han procurado hacer justicia a su carácter pionero⁷. El autor de *La démocratie et l'organisation des partis politiques* (1902-1903) se describía a sí mismo como un escritor “occidental y de asuntos occidentales”, adelantándose con mucho a los enfoques comparados y/o “globales” que aún tardarían años o incluso décadas en abrirse camino.

A enriquecer la literatura sobre la figura de Ostrogorski y el panorama de investigaciones acerca de los teóricos no necesariamente “maquiavelianos” que enlazan la tradición liberal con la crisis del parlamentarismo de principios del siglo XX contribuye *Abajo los partidos. Moisei Ostrogorski en la construcción de la ciencia política y el derecho constitucional*, de Pedro Luis López Herraiz. El profesor de la Universidad de Salamanca no rehúye la funcionalidad de las comunidades de discurso en el contexto abordado y ofrece al público hispanohablante una lectura en clave inequívocamente francesa del pensamiento y los avatares de Ostrogorski, revisando de manera pormenorizada su paso por la *École Libre des Sciences Politiques*, institución ya trabajada por López Herraiz en una monografía previa⁸, así como sus conexiones con el mundo intelectual galo. Pierre Rosanvallon lamentaba en el año 2000, haciendo balance de la ciencia política francesa del *fin de siècle*, que “ningún Bryce, ningún Dicey, ni ningún Ostrogorski” se hubiera lanzado “a iluminar las transformaciones del modelo hexagonal” (p. 152). Según esta lectura, nadie se había preocupado de reflexionar debidamente desde y sobre Francia acerca de los elementos anejos al aparentemente inminente advenimiento de la democracia. López Herraiz, por su parte, desafía en su trabajo esa tentación de dissociar la obra de Ostrogorski y el mundo intelectual francés, y lo hace a partir de un denso aparatage bibliográfico y hemerográfico y, muy señaladamente, a partir de los archivos de la *École* en *Sciences Po* en París y fondos de correspondientes entre los que destaca una fuente en particular: la de su intercambio epistolar con Lucien Lévy-Bruhl depositado en Caen.

El paso de Ostrogorski por la *École*, institución en la que estuvo vinculado entre 1883 y 1893, los dos primeros años como estudiante y posteriormente como miembro de grupos de trabajo de antiguos alumnos orientados a la investigación, acercó a Ostrogorski a figuras del perfil de Émile Boutmy e Hippolyte Taine, así como a temáticas claramente vinculadas con su posterior trayectoria. No en vano fue en 1887 cuando presentó en el marco de estos

grupos de trabajo sus primeras investigaciones relativas a la organización de los partidos políticos en Estados Unidos, en unos años en los que terminaría siendo más conocido por su mesurado análisis del rol de las mujeres (“la mujer”, en el lenguaje de la época) en el derecho público, investigación que dio lugar a un libro publicado en francés en 1892 y traducido al inglés, al alemán y al polaco en los años siguientes. López Herraiz no desarrolla esta línea de investigación de Ostrogorski en el libro con aparente buen criterio: *La femme au point de vue du droit public* se antoja como una contribución valiosa pero excesivamente descriptiva, circunscrita a un plano más bien jurídico o, cuando menos, carente de un posicionamiento político. La intensificación de su actividad investigadora o su preocupación por otros asuntos como el affaire Dreyfus, novedoso aspecto reconstruido por López Herraiz a partir de la correspondencia con Lévy-Bruhl, marcarían el alejamiento del jurista nacido en Grodno respecto de su institución de referencia en Francia.

El esfuerzo de contextualización mostrado por López Herraiz acerca de los años de Ostrogorski en Francia, lejos de encarnar una *vis* meramente narrativa, no es otra cosa que un vigoroso vehículo dirigido a enmarcar el desarrollo de las principales ideas del autor, con una especial atención al objeto de estudio que adelanta el título del libro: la llamativa crítica del pensador ruso-judío a los partidos políticos, utilizada por parte de tirios y troyanos en las décadas siguientes, en las que como es sabido se agudizó la crisis del parlamentarismo sobre la que ya comenzaban a escribir los teóricos de las élites finiseculares, entre cuyas filas se puede contar inequívocamente al propio Ostrogorski. López Herraiz se interesa tanto o más por esas otras vidas del jurista ruso, las que tuvieron lugar a través del reflejo de su obra en la de sus contemporáneos o sus lectores de épocas ulteriores.

El artefacto principal de la obra de Ostrogorski, *Democracy And The Organization Of Political Parties*, cuyo contenido fue adelantando en algunos artículos puntuales publicados desde 1893, fue publicado en 1902 en inglés en Gran Bretaña y Estados Unidos y en francés en 1903. López Herraiz refleja a partir de fuentes de archivo el disenso entre la visión sobre las organizaciones de partido en el contexto británico de James Bryce, el influyente encargado de prologar la edición anglosajona, y la de Ostrogorski, considerada como excesivamente pesimista por parte del autor de *The American Commonwealth*, él mismo miembro del Partido Liberal inglés. La obra, mucho más pulida del lado estadounidense que del británico, como criticaron frontalmente autores como Abbott Lawrence Lowell, casi de manera paralela fue más valorada en Norteamérica que en el Reino Unido.

El juicio del profesor de la Universidad de Salamanca es rotundo en relación con este aspecto central dentro del pensamiento de Ostrogorski: “las claves temáticas a través de las cuales Ostrogorski analizaba los partidos ingleses y norteamericanos y la noción de representación eran, en buena medida, francesas, al mismo tiempo que el mapa ideológico con el que se acercaba a ellas compartía importantes superficies con la línea liberal y elitista propia de la ELSP” (p. 160). Si para el jurista ruso el gran desafío que suponía el advenimiento de la democracia

⁷ Moisei Ostrogorski, *Democracy and the Organization of Political Parties* (Edited and Abridged by Seymour Martin Lipset), Nueva York, Anchor Books, 1964.

⁸ Pedro Luis López Herraiz, *Formar al hombre de Estado: Génesis y desarrollo de la École Libre des Sciences Politiques (1871-1900)*, Madrid, Dykinson, 2019.

debía resolverse a través de regímenes que pudieran conciliar los intereses del individuo y la sociedad, la solución ofrecida por los sistemas políticos anglosajones —las maquinarias partidistas, disciplinadas y permanentes— constituía un “fracaso”.

El carácter burocrático y sectario de las organizaciones de partido, incompatible con las opiniones individuales, limitaba la potencial existencia de una “unión” que pudiera emerger a partir de la deliberación pública en la sociedad. Y relegaba a un segundo plano, cuando no aniquilaba, el que suponía para él “su ideal de figura política: la de un parlamentario culto, independiente y comprometido con sus principios que, como en el caso de los ingleses Forster y Joseph Cowen, habían sido desplazados por la disciplina del *caucus*” (p. 304). Ostrogorski planteaba, en definitiva, una crítica muy propia de la reacción liberal contra la emergencia de discursos y organizaciones partidistas de masas. La originalidad de este autor residió, especialmente, en lo llamativo de su defensa de las ligas *single-issue* y temporales frente a los férreos y omnicomprendidos partidos políticos. “*A bas le parti et vive la ligue!*”, sentenciaba, demostrando que inequívocamente era buen conocedor de los avatares de Estados Unidos y Reino Unido, donde viajó para documentarse y pudo conocer de primera mano el auge de este tipo de iniciativas, pero reflejando también al mismo tiempo una tendencia que también estaba comenzando a ganar enteros en Francia debido a asuntos puntuales como el propio *affaire* Dreyfus. Estas uniones temporales, a juicio de Ostrogorski, tendrían la capacidad de conectar mucho mejor con el “espíritu cívico” deseable que las burocracias con vocación de permanencia en el tiempo en que habían devenido los partidos.

López Herraiz explora con minuciosidad las lecturas que se han hecho de semejante propuesta, en las que “ha predominado cierta incompreensión” (p. 288): en su tiempo, Ostrogorski fue leído y reivindicado por la izquierda que trataba de organizarse, recelosa de la “democracia burguesa”, y por la derecha que atacaba el parlamentarismo desde sectores como la recién fundada *Action Française*. Hubo tantos Ostrogorskis, en cierta manera, como corrientes críticas respecto de los derroteros finiseculares del Estado liberal en los que se consolidaban nuevos sistemas de partidos. De acuerdo con algunos lectores del último tercio del siglo XX, por citar otro ejemplo llamativo mucho más posterior, los planteamientos de Ostrogorski se alinearían con la emergencia de los movimientos sociales postmaterialistas tan propios de esas décadas. La intuición de López Herraiz al respecto es más bien disuasoria:

“en la obra de Ostrogorski seguramente pesaba más la reclamación de un “gobierno de los mejores” que los anhelos de un sistema más profundamente democrático” (p. 248).

Por otra parte, como adelanta el propio subtítulo del libro, el trabajo de López Herraiz está trufado de reflexión acerca de la historia de la construcción de determinadas disciplinas o subdisciplinas académicas: en este caso, la ciencia política y el derecho constitucional. La ambivalente figura de Ostrogorski sirve como ángulo desde el que dar cuenta de la artificialidad de las fronteras disciplinares, más aún cuando nos retrotraemos a un contexto como el de finales del siglo XIX y a objetos de estudio entonces todavía elusivos en gran medida como los partidos políticos. También la crítica cientifista a la que fue sometida la obra de Ostrogorski constituye un aspecto importante en la reflexión para López Herraiz: este tipo de críticas difícilmente escapan de la circularidad, y aquellos autores, en gran medida los anglosajones interpelados por la crítica del “observador extranjero”, que criticaron los defectos “científicos” de la obra de Ostrogorski, posteriormente fueron o pudieron ser también sometidos a consideraciones de carácter similar por parte de otros autores coetáneos o posteriores respecto de sus propios trabajos.

Este aspecto de la monografía deja traslucir una suerte de vindicación personal por parte de López Herraiz en términos *subdisciplinares*: la historia de los partidos políticos, tanto la institucional como especialmente la teórica y/o intelectual, no es ajena a los historiadores del derecho del presente, ni debe quedar necesariamente reservada a los dominios de la politología o la historiografía de carácter más general⁹.

Nos encontramos, en definitiva, ante un estudio muy relevante para repensar la trayectoria de una figura citada pero poco leída y aún abierta a nuevas perspectivas como Moisei Ostrogorski, que nos acerca a sus avatares en el ecosistema social francés del *fin de siècle* y ofrece nuevas claves interpretativas para comprender su obra. También ante una informada revisión de la cantidad de vidas que puede tener un texto, ya sea dentro de su contexto cronológico o fuera de él. Y, en último término, ante un trabajo que, a través de su decidida —y felizmente heterodoxa— definición metodológica, propone una agenda de investigación que, ojalá, encuentre más cultivadores que ayuden a desentrañar mejor esa teoría de las élites y de los partidos políticos influyente en su tiempo pero ajena al archiconocido canon italiano.

⁹ Un crucial antecedente en este sentido: Massimiliano Gregorio, *Parte totale. Le dottrine costituzionali del partito politico in Italia tra Otto e Novecento*, Giuffrè, Milán, 2013.